

expedicionario que llegó a Las Palmas inutilizado por la viruela. El capitán del vapor *Hespérides* que lo trajo desde Santa Cruz fue sancionado por haber desembarcado a este individuo sin previo aviso. También, en medio de la guerra, se encendió la alarma en Tenerife por rumores de extensión a sus principales ciudades de una epidemia variolosa focalizada en el sur de la isla, al parecer traída por viajeros llegados de Cuba⁴⁴.

Los muertos canarios, al igual que los repatriados, quedaron huérfanos de un censo oficial. Da la impresión de que tampoco importó demasiado su recuerdo pasado el año 1899, en que catedrales y parroquias celebraron honras fúnebres por los vecinos caídos en ultramar. De los 252 veteranos de Cuba y Puerto Rico que solicitaron una fe de soltería en la Diócesis de Las Palmas, únicamente seis declararán haber sido repatriados enfermos⁴⁵. Fueron seguro muchos más —basta con leerse los sueltos de los diarios isleños describiendo el desembarco de soldados «cadavéricos, muriéndose»—, lo cual implicaría un deceso descomunal en el retorno. Los testimonios son por momentos desgarradores. Un jornalero grancanario se confesaba mantenedor de madre y hermana con un exiguo jornal, el día que trabajaba, ya que enfermó como soldado en Cuba y no ejercía «profesión ni industria». Otro expone que «llegó bastante delicado de la guerra y su padre tuvo que gastar mucho para poder reponerse». El subregistro alcanzará tal magnitud que en los auxilios municipales de Las Palmas se hallan anotados dieciséis soldados fallecidos en Cuba, seis a la vuelta —a los que habría que añadir dos víctimas durante la travesía—, pero de diecinueve se desconoce dónde expiraron, todos muy jóvenes, con edades entre 21 y 27 años. No obstante, los historiales de las comisiones liquidadoras del Ejército destaparán la envergadura de esta mortandad. Hurgando en las 68.583 estancias de hospital en Cuba, el Batallón Provisional de Canarias expidió 242 certificados de defunción. Por comparar, el de Baleares hizo lo propio con 294 soldados, pero además adjunta a 306 repatriados

⁴⁴ *Heraldo de Canarias*, 1 y 5 de diciembre de 1896.

⁴⁵ Archivo Histórico Diocesano de Las Palmas (AHDLP), Expedientes de Soltería, 1899-1904, leg. 57-66.

enfermos o inútiles⁴⁶. La carencia de recursos en las familias motivó que entidades como la Cruz Roja se encargasen de sufragar el entierro de aquellos infortunados que sucumbieron a su mala salud. El abandono en que terminaron algunos de los excombatientes fue indigno. Solos y enfermos, sin parientes cerca, hospedados en casas-asilo o en pensiones baratas del puerto no pudieron ni pisar sus hogares.

Mezquindad es la palabra que mejor expresaría el trato que rodeó a los soldados de ultramar. La demora inaceptable con que cobraron sus sueldos y pensiones —cuando pudieron hacerlo— refleja la conducta negligente de la Administración, sin excusa en los aprietos económicos existentes. Jamás serían recompensados según sus necesidades. A la tropa se le había ya ignorado en campaña hasta el punto de hacerle pasar hambre. Regresaron sin percibir sus alcances y una buena parte de los suministradores civiles del Ejército se arruinaron. Algunos tercios de guerrillas se amotinarán durante el armisticio —por ejemplo, en Cienfuegos— al no recibir sus haberes. En la Guerra del 68, a los combatientes enfermos, ya fueran clases u oficialidad, se les mantuvo con solo la mitad del sueldo por los mayores gastos que ocasionaba la baja⁴⁷. En torno al asunto de los derechos adquiridos por el soldado repatriado, o por los familiares de aquel que hubiera muerto, se puede apreciar nuevamente la ficción burocrática de los boletines oficiales. No se completó la cobertura social de los individuos involucrados, aún reconociéndose por parte del Estado la obligación de satisfacer soldadas, pluses de campaña, premios de reenganche o pen-

⁴⁶ *Memoria sobre los trabajos de alistamiento verificados por la Comisión Liquidadora del disuelto Batallón Provisional de Baleares, antes de Cuba, como resultado de la revista de inspección llevada a cabo el día 2 de enero del corriente año, en cumplimiento de lo dispuesto en la RO circular del 4 de diciembre (DO 273)*. 1903. AGM, 2ª Sección, 3ª División, leg. 118.

⁴⁷ SERRA ORTS, A.: *Recuerdos de las guerras de Cuba, 1868 a 1898*, Tipografía A.J. Benítez, Santa Cruz de Tenerife, 1906, pp. 18 y 88. Cf. DE PAZ SÁNCHEZ, M.: «Antonio Serra Orts (1856-1926), el último combatiente español en la Guerra Hispano-cubana-norteamericana», en *Cuadernos de Investigación Histórica*, 1990, pp. 103-124. Antonio Serra narra en sus recuerdos como un capitán había encontrado arroz al crédito en una tienda porque hacía tres meses que no cobraba y les debían siete meses de paga, p. 11.

siones por inutilidad o fallecimiento. Para empezar, el expedicionario se sostendrá con una paga miserable al tiempo que sus allegados tuvieron que vivir en el desamparo mientras se le mantuvo movilizado. Las cruces pensionadas y unos subsidios de limosna apenas servirían para aliviar transitoriamente las secuelas de la guerra. Los atrasos por cada mes de campaña se establecieron en sólo cinco pesetas mediante un controvertido decreto de 1899 que levantaría más de un reproche. La asignación que fijó el Gobierno por la muerte del soldado fue de 182'5 pesetas anuales. Si en esa época el jornal diario de un peón era de 1'75 pesetas⁴⁸, está todo dicho. Al colectivo socialmente más vulnerable fue al que se dejó más indefenso.

La larga demora en la liquidación de sus alcances amargaría la existencia a todo este grupo de personas. Por eso, en no pocas ocasiones, se tiró de la caridad privada para el socorro pecuniario de los soldados repatriados. La Administración se escudó en las dificultades técnicas que encontraba para reconocer los derechos de cada cual. La división de las fuerzas y el movimiento de las columnas en tan accidentada campaña, la diferente situación de los cuerpos al disolverse unos y transformarse otros, el amplio número de bajas, impedirían, «ni con un esfuerzo extraordinario», llevar a término la liquidación en un plazo inferior a dos años⁴⁹. Y era cierto, lo malo fue que esas faenas se extendieron mucho más allá del bienio previsto. En los archivos del Ayuntamiento de Las Palmas hay papeles asociados a las libretas de ajuste de pagos de más de doscientos soldados repatriados de Cuba y Filipinas —incluyen a doce guerrilleros—, cuya fecha límite llega a 1909. Las unidades militares se achacaban unas a otras la responsabilidad de fijar las sumas adeudadas. La complicada localización a tiempo del interesado en un territorio mal comunicado, la mudanza de una isla a otra, eran factores que retardaban o arruinaban el cobro definitivo de haberes. Así, es común en bastantes de estos veteranos la nota

⁴⁸ SÁNCHEZ ABADÍA, S.: «Olvidos de una guerra: el coste humano y económico de la independencia (Cuba-España, 1895-1898)», en *Revista de Indias*, LXI, 221, 2001, pp. 114 y 133.

⁴⁹ Exposición de los Ministerios de Guerra y Hacienda, *Gaceta de Madrid*, 17 de marzo de 1899.

de hallarse en paradero desconocido⁵⁰. El total de las cantidades ajustadas a los soldados —variaban mucho de las clases a los suboficiales y oficiales— importaba alrededor de 10.500 pesetas en diez años, un montante ridículo, el equivalente a cinco redenciones de servicio en ultramar⁵¹. El analfabetismo, la pobreza de solemnidad y el desconocimiento de la burocracia no solo obstaculizaban el proceso, sino hacían que éste se prestase a la intermediación de estafadores y pícaros que pretendían suplantar en el cobro a los interesados⁵².

Ahora bien, quizás la pregunta más importante que cabría hacerse con relación a los soldados repatriados es qué aportaron, por poco que fuere, a aquella sociedad isleña del cambio de siglo. En apariencia, sus dramáticas vivencias resultaron baldías. Nada se sabe de cómo podría haber influido el menosprecio con que fueron tratados en la lenta toma de conciencia de las clases populares sobre su postración social, en las primeras manifestaciones del movimiento obrero en Canarias⁵³. Los actos

⁵⁰ AHPLP, Auxilios, leg. 52-61. El ajuste del Batallón Provisional de Canarias comenzó en mayo 1899 y se prolongó durante tres años y medio. En ese momento seguían sin embolsar sus haberes mil doscientos soldados de mil quinientos en lista. El oficial que redactó el informe juzgó «lamentable» este retraso y lo imputó a las deudas de la administración militar con la Comisión. La tarea de localización del personal había sido ardua pero se logró completar. No ocurrió lo mismo con el dinero, *Memoria del disuelto Batallón...*, AGM, 2ª Sección, 3ª División, leg. 118.

⁵¹ En la Caja del Regimiento de Infantería de Tenerife permanecía depositada en 1905 la cantidad de 8.869 pesetas a percibir por 262 soldados de ultramar, sin especificarse el lugar de campaña. Para cobrar debían promover instancia a la subinspección de tropas justificando su identidad con la cédula personal y la libreta de ajustes liquidada y cerrada, *Boletín Oficial de la Provincia de Canarias*, 18 de octubre de 1905. Aunque las prestaciones eran muy bajas, la falta crónica de liquidez del Estado sería la primera causa en la dilación del pago, que se intrincaba aún más con el avance del número de bajas por muerte e inutilidades, SÁNCHEZ ABADÍA, S.: *op. cit.*, p. 137.

⁵² AHPLP, Auxilios, leg. 53.

⁵³ Durante la Guerra de Cuba la revista independentista canaria *El Guanche* de Caracas se incursionó en las injusticias del servicio militar y la manipulación burguesa de la clase trabajadora, cuyos hijos morían en defensa de los intereses coloniales del régimen español. La publicación tuvo una vida efímera en su primera etapa y esta temática caerá en el vacío con una excepción: *El Telégrafo* de Las Palmas sacó el 4 de octubre de 1900 un ar-

de indisciplina entre la tropa y la población no pasaron de simples conatos. El Provisional de Canarias reconoce exclusivamente quince delitos de desertión en sus filas. En Vigo, la masa que esperaba impaciente al contingente repatriado en el *León XIII* se sublevó en aquel puerto debido a la tardanza en el desembarco de unos soldados desesperados. No hubo en ningún sitio, ni en el transcurso del conflicto ni después, disturbios graves como los que estallarán con motivo de los reclutamientos para Marruecos⁵⁴. Por eso no deja de sorprender el parte del Capitán General de Sevilla a Camilo Polavieja de 13 de marzo de 1899. En él se notificaba la celebración, «en varios puntos», de manifestaciones de «repatriados canarios» que reclamaban el abono urgente de sus alcances. Se hacía hincapié en por qué se toleraba esas reuniones y mociones colectivas de los retornados, sin repararse en el carácter militar de los individuos. Debían frenar a toda costa cualquier tentativa que los condujera a organizarse en defensa de sus derechos y «dirigirse a los compañeros de desgracia» en otros lugares. Un suceso de este calado haría escaparse de las manos «el término de sus aspiraciones y tendencias» para desembocar en «posibles transgresiones del código de justicia militar». El escrito termina con la certificación de concentraciones en Madrid, Santander y La Coruña. En Valencia unos doscientos repatriados se habrían presentado frente al Gobierno Civil⁵⁵.

Contra lo que pudiera vaticinar el jefe militar de Andalucía, el orden público no se vio para nada alterado. La pobreza y debilidad de los soldados pudo con ellos mucho más que la movili-

título de fondo —objeto de ataques por parte de la autoridad militar— bajo el título de «Capitalismo y militarismo». En él se dibujaba a un «ejército de explotados», de reclutas de «un pueblo oprimido que quiere romper sus cadenas de esclavo», llamando a la rebelión contra las quintas.

⁵⁴ *Memoria del disuelto Batallón...*, leg. 118. «El último repatriado», en *Blanco y Negro*, 21 de enero de 1899.

⁵⁵ Al Capitán General le parecía «algo sediciosa» la actitud de los soldados repatriados, que estaban bajo jurisdicción castrense, Servicio Histórico Militar, 2ª Sección, 4ª División, leg 168/R40. Se produjeron además manifestaciones de repatriados en marzo de 1899 en Baleares, MARIMONT RIUTORT, A.: *La crisi de 1898 a les Illes Balears: repercussions polítiques i ideològiques de les guerres de Cuba i Filipines*, El Tall, Palma de Mallorca, 1997, p. 157.

ción a favor de unas justas demandas. La supervivencia individual se impuso al sentimiento de colectividad. Por las calles de las ciudades peninsulares deambularon los repatriados harapientos, rogando unas monedas vestidos todavía con el uniforme militar. Este final tan calamitoso no termina de encajar por completo dentro de lo que era el entramado social de las islas. No se vislumbra que el destino último de decenas de ellos hubiese sido la mendicidad —sin que por ello se infravaloren aquí sus sufrimientos— ni que la guerra los convirtiese en unos marginales, al menos más de lo que ya lo eran antes de ir a servir a ultramar. Siempre que la salud les respetase, en el seno de una sociedad pobre, desigual, pero en ritmo de expansión económica, la emigración y la agricultura exportadora podrían haber ejercido de amortiguadores. Aunque la vuelta a la normalidad fue problemática, parece adivinarse su progresiva reintegración al trabajo, al mundo cotidiano que los envolvía. Se restituye al depauperado a su lugar de pobreza habitual. En los aludidos expedientes de soltería nos tropezamos con repatriados que dicen ser artesanos, carpinteros o carpinteros de ribera, pescadores, zapateros, latoneros, etc., pero sobre todo jornaleros agrícolas —el 59%— y labradores —15%—. En línea con la tasa general de iletrados en esos años, el 62% no sabía leer ni escribir. La miseria en la que vivían era atroz, habitan en cuevas, ganan jornales de peseta diaria, si bien la manera en como prestaron su testimonio desprende una decencia conmovedora. Ciento cuarenta y tres declararon explícitamente su pobreza, la que sin embargo no les había hecho olvidarse «del hambre y las fatigas de la campaña y el deseo vehemente de volver a casa». Terminará siendo paradójico que esa Cuba a la que marcharon a luchar fuese el país al que un buen número de soldados decidió volver para mejorar sus condiciones de vida y ganarse un futuro.

BIBLIOGRAFÍA

- BARNET, M.: *Biografía de un cimarrón*, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana, 1966.
- DE OLIVER-COPONS, A.: *Los artilleros en Cuba*, Publicaciones del Memorial de Artillería. Imprenta de Artillería, Madrid, 1896.
- DE PAZ SÁNCHEZ, M. *et alii*: *El bandolerismo en Cuba, presencia canaria y protesta rural*, CCPC, Santa Cruz de Tenerife, 1994.

- *Wangüemert y Cuba*, CCPC, Santa Cruz de Tenerife, 1991.
- DOMINGO ACEBRÓN, M. D.: «Los canarios en el Ejército Libertador de Cuba, 1895-1898», en *Tebeto*, 5, II, 1994.
- Elorza, A.: «Con la marcha de Cádiz (imágenes españolas de la Guerra de Independencia Cubana, 1895-1898)», en *Estudios de Historia Social*, 44-47.
- FERNÁNDEZ, J./CASTELLANO GIL, J. M.: *Mambises isleños. Canarios en el Ejército Libertador de Cuba*, Servicio Publicaciones de la Caja General de Ahorros de Canarias, Santa Cruz de Tenerife, 1999.
- GUERRERO, R.: *Crónicas de la Guerra de Cuba*, M. Maucchi, Barcelona, 1895-1897.
- HERNÁNDEZ SANDOICA, E./MANCEBO, M. F.: «Higiene y sociedad en la Guerra de Cuba (1895-1898). Notas sobre soldados y proletarios», en *Estudios de Historia Social*, 5, 1978.
- LORCA BAUS, C.: *La Compañía Trasatlántica en las campañas de ultramar*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1990.
- MARIMONT RIUTORT, A./SALVÀ, X.: «Mallorquins, menorquins i eivissencs a les guerres de Cuba i de les Filipines», en *Randa*, 1989.
- MORENO FRAGINALS, M. R./MORENO MASÓ, J. J.: *Guerra, migración y muerte (El ejército colonial en Cuba como vía migratoria)*, Júcar, Gijón, 1993.
- NÚÑEZ FLORENCIO, R.: «El drama de la repatriación», en *Militaria*, 13, 1999.
- «Los otros españoles que fueron a Cuba: el drama de los repatriados», en NARANJO OROVIO, C. *et alii* (ed.): *La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas en el 98. Actas del Congreso Internacional de Aranjuez, 2-28 abril 1995*, Doce Calles, Madrid, 1996.
- SÁNCHEZ ABADÍA, S.: «Olvidos de una guerra: el coste humano y económico de la independencia (Cuba-España, 1895-1898)», en *Revista de Indias*, LXI, 221, 2001.
- SÁNCHEZ MEDEROS, J. A.: «Informe del Agregado Militar británico en Cuba, 1898», en *Tebeto*, 5, II, 1994.
- SERRA ORTS, A.: *Recuerdos de las guerras de Cuba, 1868 a 1898*, Tipografía A. J. Benítez, Santa Cruz de Tenerife, 1906.
- YÁÑEZ GALLARDO, C. R.: «La última invasión armada. Los contingentes militares españoles a las guerras de Cuba, siglo XIX», en *Revista de Indias*, 194/LII, 1992.

LA FACETA PERIODÍSTICA DE MANUEL BETHENCOURT DEL RÍO, EN EL DIARIO *EL PROGRESO* DE TENERIFE, DURANTE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

POR

ORLANDO BETANCOR

RESUMEN

Este artículo analiza la labor de Manuel Bethencourt del Río como corresponsal en París del diario *El Progreso* de Tenerife durante la Primera Guerra Mundial. Este político republicano describió en sus crónicas los principales acontecimientos de la contienda desde una posición claramente aliadófila. En sus escritos se observa su visión crítica contra el imperialismo germánico y el expansionismo de los Imperios Centrales. Asimismo, examina la posición de España en el conflicto y las consecuencias que el bloqueo de los submarinos alemanes, en aguas del Atlántico, supusieron para el Archipiélago canario.

Palabras clave: Primera Guerra Mundial, Aliados, Periodismo, Prensa canaria.

ABSTRACT

This article analyses the work of Manuel Bethencourt del Río as journalist in Paris of the diary *El Progreso* of Tenerife during the First World War. This republican political described in his chronicles the main events of the war from a clearly pro Allies perspective. In his texts is seen his critical vision against Germanic imperialism and the expansionism of the Central Powers. Likewise, he examines the position of Spain into the war and the consequences that the blockade of the German submarines, on the waters of the Atlantic Ocean, supposed to the Canary Archipelago.

Key words: First World War, Allies, Journalism, Canary press

INTRODUCCIÓN

En este estudio se ha pretendido mostrar la faceta periodística del político republicano Manuel Bethencourt del Río durante la Primera Guerra Mundial. Este prestigioso médico se convirtió en corresponsal de excepción del diario *El Progreso* de Tenerife, a principios del año 1917, en la capital francesa. Con este ensayo se ha querido rescatar una etapa de la vida de este profesional de la medicina muy poco divulgada y dar a conocer su personal visión de la contienda europea. En esta investigación, se han utilizado, como fuente de información, las crónicas y artículos de opinión publicados por este redactor especial en las páginas de este periódico. Asimismo, para realizar este análisis, se ha consultado la obra del profesor de la Facultad de Medicina, en la Universidad de La Laguna, José Vicente González Bethencourt, editada recientemente, que lleva por título «El médico de los pobres: Manuel Bethencourt del Río».

Durante la Primera Guerra Mundial, los diarios canarios se dividieron en dos sectores perfectamente diferenciados: los aliadófilos, partidarios de la Triple Entente, y los germanófilos que apoyaban la causa de los Imperios Centrales. El periódico republicano *El Progreso* de Tenerife demostró una ferviente aliadofilia que quedó patente, desde los primeros momentos de la contienda, al decantarse claramente por el lado de Gran Bretaña y sus aliados, tal como se observa en las siguientes líneas del profesor Julio Yanes:

«Tras incrementar, como los restantes periódicos del momento, la tirada con la llegada de las primeras noticias de Europa, el diario [...] atendió la curiosidad del público imbuyendo la información de una fuerte aliadofilia sin cejar ni un ápice en su empeño aglutinador dentro del republicanismo tinerfeño»¹.

El diario fue fundado el 4 de septiembre de 1905, dirigido y editado en su propia imprenta por Santiago García Cruz, quien confió la jefatura de redacción en ese primer momento al periodista y escritor Leoncio Rodríguez. Más tarde, el 4 de ju-

¹ YANES (2003), pp. 396-397.

nio de 1907 insertó el término «autonomista» a su subtítulo «Diario republicano» y, finalmente, tras una dilatada andadura, desapareció el 30 de enero de 1932. Este rotativo se caracterizó, durante la guerra, por realizar una discreta cobertura informativa² de la contienda, a diferencia del periódico *La Prensa* de Santa Cruz de Tenerife que desarrolló un sorprendente despliegue periodístico sobre la conflagración. Asimismo, en las fuentes de información que utilizó el diario se mostró decididamente aliadófilo al contratar los servicios de las agencias Reuter y la Marconi Wireless Press. Además, desde el comienzo del conflicto, la dirección de este diario había considerado la idea de enviar un corresponsal a Europa para que transmitiera sus impresiones sobre el conflicto bélico. Así, Joaquín Fernández Pajares, *Jacinto Terry*, por entonces jefe de redacción del medio de comunicación, cargo que había ocupado anteriormente en el diario *La Prensa*, se había planteado ir a París, después de recorrer distintas ciudades españolas en el otoño de ese mismo año, para informar personalmente desde el frente de batalla, tarea que no llegó a realizar, tal como se reseñó en la nota de bienvenida³, publicada en este periódico, tras su anticipado viaje de regreso a Tenerife. Este cometido lo llevará a cabo el joven médico Manuel Bethencourt del Río que se convertirá durante unos meses en el enviado especial del diario en Francia.

MANUEL BETHENCOURT DEL RÍO EN EL DIARIO «EL PROGRESO» DE TENERIFE

En esta época, este hombre, demócrata y radical, destacó por el tono encendido de sus crónicas y su visión contraria al poder expansionista de Alemania y de los Imperios Centrales. A lo largo de esta etapa, Bethencourt mostró una marcada aliadofilia y un inquebrantable respaldo a la Triple Entente. Los escritos, publicados en las páginas del diario, reflejan su toma de postura ante el conflicto y analizan la situación política que se vivía en Europa a finales de 1916 y comienzos de 1917. En sus

² BETANCOR (2008), p. 352.

³ *El Progreso*, 15-11-1916.

textos aborda, entre otros temas, el rechazo de las naciones aliadas a los ofrecimientos de paz de Alemania, critica la pasividad de determinados países neutrales, a los que otorga el calificativo de «neutros», ante los actos de piratería submarina cometidos por los germanos en aguas del Atlántico, y reprueba, especialmente, la posición del gobierno del presidente español Eduardo Dato ante el conflicto. Igualmente, ensalza en sus crónicas los pasos dados por naciones que como Portugal se inclinaron en la guerra por el bando de los aliados, cuestiona las actuaciones llevadas a cabo por el ejército de Rumania, desoyendo las indicaciones del Estado Mayor francés que aconsejó el ataque a los búlgaros combinado con el avance del general Maurice Paul Sarrail (1856-1929) desde la ciudad griega de Salónica, y se hace eco de la intención de los Estados Unidos de entrar en el conflicto al lado de los aliados. Asimismo, rechaza abiertamente la guerra submarina practicada sin restricciones por Alemania a partir del 1 de febrero de 1917. Además, a comienzos de dicho año, tiene lugar el estallido de la Revolución Rusa y la consecuente abdicación del zar Nicolás II, aspectos que también serían analizados por este correligionario del periódico.

En estos escritos se puede apreciar su esmerada educación, su amplia cultura y el dominio de varios idiomas. Así, utiliza en sus textos palabras y oraciones completas en las lenguas inglesa y francesa, términos latinos y, en algunas ocasiones, expresiones en alemán. Además, en este momento de la guerra, Bethencourt solía estudiar los avances y retrocesos de los diferentes ejércitos sobre mapas y planos de las zonas en conflicto, midiendo distancias y calculando alturas sobre el terreno, a través de la información publicada en los diarios, tal como se observa en la descripción de los movimientos de las distintas tropas en la batalla de Verdún. Asimismo, este enviado especial se muestra como un hábil entrevistador que transcribe con exactitud las opiniones de los personajes entrevistados sobre la contienda. También, retoma informaciones publicadas por otros medios impresos como el diario ruso *Bujevya Viedemosti*, el periódico *The World* o el rotativo *Le Petit parisien*, entre otros. Igualmente, se hace eco de otras noticias aparecidas en distintos diarios españoles como *El Liberal*.

A través de una de sus crónicas, «París y la guerra»⁴, sabemos que, en esos momentos, Bethencourt trabaja como médico en el hospital de La Pitié-Salpêtrière, en las afueras de París, y reside en la capital francesa junto a su primera esposa, María Rivero y del Castillo-Olivares. Allí, solía leer los acontecimientos de la guerra en los periódicos, tanto franceses como de otros países, cuando se dirigía en metro a ese centro hospitalario. También, tenemos constancia de su retorno del frente de Verdún, como se indica en la entrevista titulada «Hablando con Blasco Ibáñez»⁵, antes de su viaje de regreso a Madrid, en febrero de 1917. En este texto nos ofrece una visión de sí mismo como corresponsal de prensa:

«Soy médico español, de Canarias, venido a visitar los hospitales franceses, los adelantos en cirugía... y, en parte, atraído a París para ver de cerca, de muy cerca esta guerra tremenda... Traigo la representación de tres periódicos, “El Progreso” de Barcelona, “El Progreso” de Santa Cruz de Tenerife —en cuyo nombre le visito— y “Las Noticias” de Las Palmas, todos franca y sinceramente aliadófilos, a los que envío crónicas, desde esta ciudad y desde el frente de batalla, de donde acabo de llegar...».

Este político republicano empieza a escribir una columna para *El Progreso* a finales de diciembre de 1916, tal como se indica en una nota publicada el día 20 de dicho mes, casi siempre en la primera plana del mismo. Inicialmente, estas crónicas llevan el antetítulo «Para El Progreso» y, posteriormente, a partir del 1 de febrero de 1917, aparecen acompañadas del subtítulo «De nuestro redactor especial en París». El primero de sus escritos es «En el Estrecho», impreso el día 21 de diciembre de 1916. Después, publica la crónica «España y Francia»⁶, una de las pocas firmadas con sus dos apellidos. En ésta critica abiertamente lo que él define como «odioso militarismo alemán prusiano» y las acciones cometidas por los ejércitos germanos en los territorios ocupados:

«Son las atrocidades alemanas en los países invadidos, sobre todo en Bélgica; atrocidades de tal magnitud y llevadas a cabo

⁴ *El Progreso*, 17-1-1917.

⁵ *Ibíd.*, 13-3-1917.

⁶ *El Progreso*, 2-1-1917.

con tal despreocupación y cinismo que indigna aún a aquellos que no están directamente interesados en la lucha. Todas o casi todas, España inclusive, las naciones neutrales, han protestado en Berlín de tales atrocidades, de tales procedimientos de guerra, salvajes e inhumanos».

En otra colaboración, titulada «Crisis»⁷, hace una valoración de la situación de los distintos frentes de batalla abiertos en Europa a principios de 1917. Además, considera a la población civil germana como:

«[...] el pueblo que sufre y paga para satisfacer las ambiciones de una tribu y las locuras de una casta [...]».

Días más tarde, publica otra crónica con el mismo titular⁸, donde muestra su profunda admiración por los gobiernos del Reino Unido y Francia, y establece una comparación entre los pueblos inglés y francés por un lado, y el germano por otro:

«Este último se presta o se doblega con celestial mansedumbre a toda imposición —sea o no justificada— de “los de arriba”. Los otros dos pueblos, por el contrario, celosos, algunas veces hasta la exageración de sus libertades políticas individuales, tienen que ser completamente hipnotizados por el genio del hombre de acción, para que consientan en la pérdida circunstancial de sus derechos respectivos con respecto al gobierno del Estado».

También, critica con dureza la autocracia de Alemania, el absolutismo de sus dirigentes y las últimas medidas legislativas promulgadas por el Reichstag. Frente a esta postura, señala la actitud de la opinión pública de Gran Bretaña y Francia que aplaude las decisiones adoptadas por el primer ministro británico David Lloyd George (1863-1945) y el ministro de Asuntos Exteriores francés Aristide Briand (1862-1932).

Otros temas de especial significación para Bethencourt serán: el bloqueo de los submarinos alemanes en aguas del Archipiélago, que impedía las exportaciones de frutos y el comercio exterior con los mercados continentales, y el hundimiento de barcos mercantes por navíos de guerra de esta nacionalidad en el Atlántico, dos de los aspectos de la conflagración a los que el

⁷ *Ibíd.*, 10-1-1917.

⁸ «Crisis», *El Progreso*, 15-01-1917.

diario *El Progreso* prestó una notable atención durante el conflicto. Así, en «España y los submarinos»⁹, este cronista manifiesta lo siguiente:

«En efecto, sí, ¿qué esperamos para reclamar inmediatas y amplias reparaciones de esos desafueros que tan cínicamente se cometen con nosotros? ¿A qué esperamos para incautarnos, por vía de prólogo, de los buques alemanes anclados en nuestros puertos? [...] ¿No han roto ellos, no ya con sus enemigos, sino con nosotros mismos las consideraciones que se merecen los tratados de Derecho Internacional? Pues entonces, ¿a qué más contemplaciones? ¿Qué nos detiene? [...] Mientras tanto, obrando ahí como lo hacían antes en África, como en país por conquistar, con las maneras propias a su insoportable soberbia y gallardía...».

Visiblemente preocupado por esta situación, éste reacciona con vehemencia en «Nosotros y Alemania»¹⁰, donde se queja de la desidia de las autoridades nacionales ante el continuo hundimiento de barcos mercantes, bajo bandera española, por parte de los navíos de guerra germanos. Entre las posibles acciones a tomar por el gobierno de Madrid, este corresponsal propone la confiscación de los noventa buques alemanes que se encontraban anclados en los puertos nacionales, en esos momentos, en compensación por las pérdidas sufridas por España. Además, arremete violentamente contra los sectores germanófilos, radicados en suelo hispano, por su apoyo a los Imperios Centrales:

«¡Solemnes mentecatos ignorantes! que hablan frunciendo el ceño a lo *Tartarín*, de “mortificantes imposiciones” y de “atentados contra la dignidad nacional”, cuando un “Pinillos” o un “Comillas” pierde dos o tres horas en el viaje por la reglamentaria, internacionalmente aceptada, visita de inspección, y aplauden entusiasmados si un submarino alemán, contra todo derecho, razón y justicia, nos echa a pique uno y otro buque mercante —¡cargado de frutos!—, y sepultan en el fondo del mar a nuestros infelices siempre indefensos y desamparados nacionales».

Su visión sobre esta problemática continúa en otra crónica de igual título que la anterior¹¹. En ésta se lamenta de los des-

⁹ *El Progreso*, 23-1-1917.

¹⁰ *Ibidem*, 14-2-1917.

¹¹ «Nosotros y Alemania», *El Progreso*, 23-2-1917.

manes cometidos por los germanos en aguas de Canarias, califica a éstos como «modernos piratas» y considera que la actuación llevada a cabo por sus barcos de guerra suponía una «desacertada y criminal conducta». Además, añade que su indignación se había extendido a otros colegas de la península tras el hundimiento del buque mercante «Manuel» que había sido interceptado, supuestamente, por los datos suministrados por un espía al servicio de la causa germana. Asimismo, considera necesaria la adopción de medidas enérgicas y eficaces que pusieran freno a esa situación y critica nuevamente a los partidarios de Alemania en el conflicto, a los que define como «pangermanófilos», por su pasividad ante estos hechos. También, se muestra contrario a la entrada de España en la conflagración a estas alturas del conflicto:

«La nación no quiere —y ahora, porque es tarde, no puede ni debe— participar en el conflicto europeo, lo que siendo una determinación radical, no es la propia [para] solucionar la crisis, a nuestro favor, se entiende».

Igualmente, observamos su actitud pro aliada en «El esfuerzo inglés»¹², donde muestra abiertamente su postura anglófila y declara su profunda admiración por la figura del primer ministro británico Lloyd George, que para él representaba la encarnación de la guerra a ultranza contra Alemania, y al que ensalza por su energía y capacidad de liderazgo. Asimismo, ofrece al lector algunos datos sobre la fabricación de municiones y armamento pesado en Gran Bretaña en el período comprendido entre 1914 y 1916. Poco después, publicará «Uno de tantos...»¹³, en el que presenta la figura de un héroe francés, un joven soldado llamado Paul Dumont que había luchado en diferentes batallas como la de Verdún y en la reconquista del fuerte de Douaumont, en el departamento de Mosa, el 24 de octubre de 1916, junto al cuarto regimiento de Infantería militar de Marruecos. Además, el autor menciona en ese texto la publicación de su serie de crónicas, centradas en la contienda, que llevaba por título «De la guerra», impresa en el diario *Vida moderna: periódico refor-*

¹² *El Progreso*, 25-1-1917.

¹³ *Ibidem*, 26-1-1917.

mista (1913-1917), editado en la villa de La Orotava. Posteriormente, se publicará en *El Progreso* «Los portugueses»¹⁴, donde celebra la llegada a París de varias divisiones del ejército luso para luchar en tierras francesas en apoyo de los aliados:

«Sus hijos podrán decir con orgullo a las generaciones futuras que ellos también han derramado su sangre para contener en el siglo XX de la era cristiana, la nueva y amenazante invasión de las hordas de bárbaros, que puso en peligro por un momento las conquistas del Progreso, las conquistas político-sociales de la Revolución Francesa».

Un aspecto de especial importancia, al que Bethencourt prestó un gran interés, fue el ofrecimiento del cese de las hostilidades por parte de las autoridades germanas a los aliados. Así, en «Alemania y la paz»¹⁵, el primero de los dos escritos publicados bajo el mismo título, el cronista se cuestiona las verdaderas intenciones de negociación de Alemania, a las que califica como una mera estratagema, y considera a esta nación la responsable del inicio de la guerra. Además, ataca violentamente las acciones realizadas por los Imperios Centrales y minimiza sus éxitos en los frentes de batalla:

«Salvo el aniquilamiento de los pequeños pueblos, como Bélgica y Servia, los centrales no han obtenido, hasta el momento actual, victoria alguna decisiva. Por el contrario, si bien en Oriente se han adueñado de inmensos territorios y hecho millares de prisioneros, en Occidente han sufrido dos derrotas que, si no han sido definitivas, han hecho cambiar por completo el curso de la guerra: Marne y Verdún. Estas derrotas intensísimas han hecho comprender a los directores alemanes que la idea primera del triunfo categórico, indiscutible, se alejaba o se hacía imposible, mientras los aliados permaneciesen unidos y con el decidido y unánime acuerdo de vencer o morir, es decir, de llegar al *maximun* de sacrificio para evitar la esclavitud bajo todos los órdenes de la vida que impondría la vencedora al mundo entero».

Más tarde aparecerá, en la primera página del diario, «¿La paz?»¹⁶, en la que volverá a analizar la situación internacional

¹⁴ *Ibidem*, 31-1-1917.

¹⁵ *Ibidem*, 16-1-1917.

¹⁶ *El Progreso*, 3-2-1917.

tras la intención de Alemania de pedir el armisticio y la posición de los países neutrales en el conflicto:

«Pues bien, durante todo este tiempo de 28 meses de guerra, provocada por Alemania, en los que ésta ha pasado por [otros] tratados escritos, ha violado el derecho internacional, ha atentado contra los intereses neutrales, sin más excusa que la propia necesidad, ni otro pretexto que el propio interés; durante todo este tiempo en que los ejércitos del Káiser se paseaban casi siempre victoriosos por Europa, maltratando las poblaciones, explotándolas, vilipendiándolas, destruyéndolas, haciendo bueno el recuerdo de las hordas de Atila, refrescando la leyenda de horror que se conserva de los antiguos caballeros teutones; los neutrales han permanecido, mano sobre mano; simples espectadores de la horrenda tragedia, dejándola seguir su curso, ayudando incluso a su realización al sufrir sin protesta las múltiples salpicaduras que hasta ellos llegaron...».

En «La paz y los aliados»¹⁷, el cronista cree firmemente que será necesario, una vez firmado el armisticio, la evacuación inmediata de las tropas de los territorios invadidos por los Imperios Centrales, indemnizar a los países que han sufrido directamente los efectos de la guerra y la aplicación de medidas para el futuro que les salvaguardasen de la repetición de conflictos semejantes. Asimismo, en «La nota de los aliados»¹⁸, aborda el contenido del escrito dirigido por la Entente, por conducto de los Estados Unidos, a los Imperios Centrales en respuesta a sus proposiciones de paz. Aquí, comenta que los aliados no cesarán en la lucha hasta conseguir las reparaciones exigidas, colocar a sus adversarios en situación de impedir nuevos atentados contra el derecho internacional y garantizar su seguridad evitando el rearme de los mismos. Además, analiza también la posición de España en este momento de la contienda:

«Y España, que empieza a contar algo en “las cosas” de Europa, no por sus cañones y por sus barcos —que no tiene suficientes—, sino porque se va haciendo rica y abriendo los ojos al progreso —a pesar de sus monjas, de sus frailes y de sus “toreadores”—; España, repito, ha mostrado, con su nota a Mr. Wilson, que no sigue mansamente las indicaciones, más o menos inopor-

¹⁷ *Ibidem*, 5-2-1917.

¹⁸ *El Progreso*, 6-2-1917.

tunas, de los de fuera sino que estudia y obra «según su leal saber, entender y querer».

Asimismo, en un tono eufórico, publica «Respuesta oportuna»¹⁹, donde Bethencourt celebra la victoria francesa en Verdún sobre las tropas del emperador Guillermo II. Para el cronista la negativa de Francia a la oferta de paz de Alemania tiene como expresión su triunfo en esta batalla que se prolongó entre el 21 de febrero y el 19 de diciembre de 1916. En él emplea el calificativo de «boches»²⁰ para referirse a los alemanes. Posteriormente, en su escrito, titulado nuevamente, «Alemania y la paz»²¹, este corresponsal analizará finalmente los intentos germanos por concluir la guerra en los siguientes términos:

«...Al mismo tiempo aprovechan la ocasión para rechazar las imputaciones que les hacían, en su respuesta, los aliados: negando sus atentados al derecho internacional, al derecho de gentes, la violación de la neutralidad belga, la piratería submarina, las bárbaras deportaciones en los territorios invadidos... y echan la responsabilidad, no sólo de la continuación, sino de la provocación de la guerra sobre sus enemigos...».

También, destaca en este texto los escritos del periodista alemán, de origen judío, Maximilian Harden (1861-1927) y reproduce un fragmento de uno de sus artículos, publicado en el diario *Die Zukunft*, en el que ofrece una visión especialmente crítica sobre el imperialismo germánico que había llevado al país a una guerra destructiva.

Igualmente, en su crónica «¡Cañones! ¡Municiones!»²², Bethencourt ofrece un perfil del político francés y director del rotativo *Le Journal*, Charles Humbert (1866-1927), senador por la región de Mosa, y del primer ministro británico Lloyd George, al que define como «un hombre extraordinario que se ha impuesto por su energía de carácter y clarividencia asombrosa». Asimismo, habla de los «Poilus»²³ destinados en el frente de

¹⁹ *Ibidem*, 1-2-1917.

²⁰ Término utilizado por los británicos para referirse a los soldados alemanes durante la Primera Guerra Mundial.

²¹ *El Progreso*, 24-2-1917.

²² *El Progreso*, 10-2-1917.

²³ Término francés que alude a los soldados galos de la Primera Guerra Mundial.

batalla. También, en sus crónicas, analiza el tema de la lucha aérea durante el conflicto. Este corresponsal fue uno de los primeros periodistas, en la prensa canaria, en tratar sobre la ineficacia de los dirigibles en la guerra a través de sus escritos en el periódico *Vida moderna*. Así, en «París y los zeppelines»²⁴, comenta que este tipo de aparatos había fracasado en su acción sobre los cielos de Inglaterra y, anteriormente, al comienzo de la contienda, sobre Francia. Posteriormente, se imprimirá en el diario «Una interview con D. Francisco Melgar»²⁵, en la que publica unas declaraciones de este político español, secretario del pretendiente carlista al trono de España D. Carlos María de Borbón (1848-1909) y consejero de su hijo D. Jaime (1870-1931), donde critica la postura germanófila, que según él, mostraba en ese momento un sector del clero español ante la contienda. Además, en la misma se menciona la obra de este autor *En desagravio*, publicada en Madrid por la Sociedad General de Librería, en 1916, sobre la guerra europea.

La actitud en el conflicto de los países neutrales fue otro aspecto que interesó profundamente a este político isleño. Así, en «Grecia y los aliados»²⁶, crítica abiertamente la postura del rey Constantino I de Grecia (1868-1923) en la contienda. Bethencourt califica a la corte de Atenas como «germanófila a ultranza» y aplaude, sin reservas, la posición del primer ministro Eleftherios Venizelos (1864-1936), que se mostró cercano a los intereses de los aliados y enfrentado a la postura del monarca heleno de mantener la neutralidad de su país. Posteriormente, en junio de 1917, este soberano abdicaría por presiones de la Entente en favor de su hijo Alejandro:

«Éste ahora, como Fernando de Bulgaria entonces, procura entretener a los aliados, según las instrucciones de Berlín, y mantener en el bajo pueblo el idolátrico fanatismo que sus triunfos le han granjeado, mientras da tiempo a que Alemania pueda distraer fuerzas suficientes de Rumania para lanzarlas sobre Macedonia y atacar a Sarrail de frente para que él, Constantino, el personaje odioso de todo drama, le clave el puñal por la espalda. La eterna lucha del granuja y el *gentleman*...».

²⁴ *El Progreso*, 13-2-1917.

²⁵ *Ibidem*, 15-2-1917.

²⁶ *El Progreso*, 17-2-1917.

En este texto se menciona un capítulo del libro de Bethencourt del Río *Orígenes de la guerra europea de 1914*, editado por la imprenta «Orotava» en 1915, con prólogo de Nicolás Ascanio. Una nota impresa en el periódico, el 2 de abril de dicho año, había anunciado la publicación de la obra de su colaborador, otorgándole los calificativos de interesante e importantísima. Asimismo, en un artículo²⁷ publicado en la primera plana de este diario el autor realizó los siguientes comentarios sobre el contenido de su libro:

«Hacemos, primero, un ligero estudio analítico-histórico de las naciones de Europa y de Japón, desde algunos años hasta nuestros días, deteniéndonos en aquellos puntos que tienen por su significancia, relación con el momento crítico actual, y pasando muy superficialmente, demasiado, quizás, por aquellos otros que, a nuestro juicio, son puramente accidentales o resultado de otras crisis semejantes. Reseñamos, después, de un modo sintético, la marcha que han llevado e incidentes que han producido las tres grandes cuestiones de política internacional contemporánea: relaciones franco-alemanas desde el 70, Marruecos y Oriente europeo. Relatamos, por último, los sucesos que tuvieron lugar en Sarajevo y diversos incidentes ocurridos hasta el rompimiento de las hostilidades».

Luego, en «Suiza y la guerra»²⁸, el autor se hace eco de una información cablegráfica que apuntaba la posibilidad de que Alemania vulnerara la postura neutral de la Confederación Helvética y reproduce la frase «necesidad no reconoce ley», pronunciada por el canciller alemán Theobald von Bethmann-Hollweg (1856-1921) que había avalado la invasión de Bélgica, ignorando el tratado que garantizaba su neutralidad. Anteriormente, había mencionado, en una de sus crónicas, el título de uno de los discursos de este dirigente germano sobre el conflicto.

A finales del mes de febrero de 1917, concretamente el día 22, se publicará una nota en *El Progreso*, donde se anuncia el regreso de Manuel Bethencourt al Archipiélago después de su estancia en París y se elogia su labor como corresponsal del diario:

²⁷ «Del autor al lector», *El Progreso*, 7-4-1915.

²⁸ *El Progreso*, 22-2-1917.

«Nuestros lectores que han saboreado sus crónicas de la guerra, echarán ahora muy de menos el artículo sobrio y emotivo con que nuestro compañero le brindara la nota de actualidad vivida en el centro mismo de la gran tragedia, tejido de impresiones y realidades recogidas sobre el terreno francés, en la ciudad y en el campo de batalla, a dos pasos de la línea invasora bajo la trinchera defensiva y en el hospital ciudadano o la enfermería de guerra, donde la mano incansable y reflexiva de la ciencia labora con igual solicitud por el bien de la humanidad, operando sobre el cuerpo aterido del soldado caído en el frente y sobre el despojo del pacífico, herido en pleno boulevard por la bomba venida del cielo.

El Progreso, orgulloso de haber podido ofrecer a sus lectores estos admirables artículos del Dr. Bethencourt en que tan exacta y magistralmente se refleja la realidad del momento trágico a través de un temperamento de escritor ecuaníme y reflexivo, espera ofrecer ahora [una] nueva serie de trabajos, que más reposadamente escritos, revelan la situación de Europa y lo que la causa de la civilización puede esperar de la energía inagotable de la vieja raza francesa».

Al día siguiente, el 23 de febrero de 1917, otra nota²⁹ en el diario señala que su correligionario publicará nuevas crónicas, que habían sido enviadas anteriormente desde la capital francesa, y que se irían dando a conocer en las páginas de este periódico en fechas próximas. Poco después, este medio, retomando una información del diario *Las Noticias*³⁰ de Las Palmas de Gran Canaria, realiza los siguientes comentarios:

«Inteligente y estudioso, el joven médico ha estudiado prácticamente en los hospitales de Francia los problemas de cirugía resueltos por la ciencia francesa y ha enriquecido en esa forma el archivo de sus conocimientos profesionales. No será estéril su viaje a Francia. Las enseñanzas recibidas por el querido amigo, serán utilizadas por los que de ella necesitan en Canarias».

Entre los artículos publicados en esta nueva serie destaca «Nuestra roña, los frailes»³¹, en la que expresa su posición anticlerical, acusa al clero español de desconocer las causas que han motivado la guerra europea y se queja de la cruzada em-

²⁹ «Crónicas de París», *El Progreso*, 23-2-1917.

³⁰ «Manuel Bethencourt», *El Progreso*, 26-2-1917.

³¹ *El Progreso*, 26-2-1917.

prendida por este estamento religioso contra los intereses de Francia en el conflicto. Días después, en «Interview con Lerroux»³², el autor publica una entrevista realizada al presidente del Partido Radical, al que pertenecía por entonces Bethencourt del Río, en el «Grand Hotel» de París. En ésta, el entrevistado se muestra favorable, desde un principio, a una posible intervención de España junto a los aliados y seguro del triunfo de la Entente. Además, declara lo siguiente sobre la invasión de naciones neutrales por parte de los ejércitos de los Imperios Centrales:

«[...] pero lo que no tiene disculpa alguna ha sido la violación de Bélgica; es el error militar y diplomático más grave para su propia causa que ha cometido Alemania; consecuentemente, ha sido el que más caro le ha costado y costará, sin duda».

Ante la pregunta del periodista sobre un posible cese de las acciones emprendidas por los submarinos alemanes en aguas del Atlántico, Alejandro Lerroux declaró lo siguiente:

«[...] seguirán como hasta aquí. Así se van convenciendo de su error los germanófilos de buena fe que había en España: están palpando, muchos de ellos sufriendo, las tristes consecuencias de los proceder y métodos alemanes. Alemania, al fin, preferiría quizás para su gloria militar, verse atacada por todas las naciones a quienes está molestando con su política submarina, Estados Unidos, Brasil, Argentina y las que quedan neutrales de Europa; porque entonces podría decir, que contra el mundo entero es imposible luchar y vencer».

La última crónica firmada en París por Bethencourt será «La locura alemana»³³. En ella examina la posición de Alemania que había declarado la guerra submarina total, desde el día 1 de febrero de 1917, por la que cualquier buque podía ser atacado sin previo aviso dentro de la zona de bloqueo señalada:

«No discuto que la medida adoptada es gravísima, sobre todo para los neutrales, que verán casi completa y absolutamente su comercio [destruido], si no reaccionan con energía contra el pánico del primer momento y, tomando todas las medidas convenientes, no dan a la nueva actitud de Alemania —para los

³² *Ibidem*, 28-2-1917.

³³ *El Progreso*, 7-3-1917.

neutros de franca hostilidad— el valor que como tal debe dársele y la respuesta que se merece».

El corresponsal entiende que estas acciones son ineficaces y que fracasarán al igual que el bloqueo emprendido contra Gran Bretaña, pues sólo servirán para granjearse la enemistad de los países que habían permanecido neutrales en el conflicto hacia los Imperios Centrales. Sus siguientes crónicas y artículos de opinión se escribirán en la quinta «Los Hoyos», en el Monte Lentiscal, Tafira, Gran Canaria, los primeros días del mes de marzo de 1917. El 12 de dicho mes se publicó un anuncio en el periódico, en grandes caracteres, que informaba de que al día siguiente aparecería «Hablando con Blasco Ibáñez»³⁴. Especialmente interesante es esta larga entrevista, en dos páginas consecutivas del diario, concedida por este escritor valenciano, claramente aliadófilo. En ésta, el entrevistado muestra su punto de vista sobre la actuación de Alemania en la contienda y su política de bloqueo con la guerra submarina. Asimismo, el novelista menciona una de sus obras más aclamadas *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, encargo personal del presidente de la república francesa Raymond Poincaré (1860-1934). También, a lo largo del conflicto, el diario *El Progreso* publicará de este escritor varios artículos sobre la guerra, al igual que hiciera el periódico *La Prensa*. En ese momento, el cronista comentará sobre uno de los acontecimientos históricos que se desarrollaron paralelamente a la Primera Guerra Mundial. En «La revolución en Rusia»³⁵ analiza, desde su óptica, la situación política interna del imperio ruso poco antes del estallido revolucionario y las consecuencias que el levantamiento contra el Zar Nicolás II traería para la Entente. A partir de ese instante, Bethencourt realizará sólo algunas colaboraciones esporádicas para este diario. Meses más tarde, aparecerá el artículo «Acerca de la guerra»³⁶, dentro de la columna «Nuestros colaboradores», donde critica nuevamente la postura de los gobernantes españoles respecto a la conflagración. Además, comenta la intención de Rusia

³⁴ *Ibidem*, 13-3-1917.

³⁵ *El Progreso*, 22-3-1917.

³⁶ *Ibidem*, 29-5-1917.

de pedir la paz de forma unilateral con los Imperios Centrales y arremete contra los grupos germanófilos, a los que considera responsables de aislar a España de los demás países aliados:

«Pero esta situación, repetimos, es insostenible por mucho tiempo: a la suicida rectitud de esos elementos *pangermanófilos*, debemos nosotros, los aliadófilos, responder, tratando de contrarrestarla, con una actuación decidida y enérgica, que permita a los hombres de buena voluntad, que para el caso regirán los destinos de la nación, encontrar el suficiente apoyo moral y *material* para afrontar franca y radicalmente la situación que los acontecimientos nos impondrán, pese a quien pese».

Durante la contienda, las polémicas que sostuvieron los diarios *El Progreso* y *Gaceta de Tenerife*, este último periódico decididamente germanófilo, por su posición sobre el conflicto, fueron continuas. Bethencourt también participará en una de estas dialécticas con el artículo titulado «Despropósitos trogloditas»³⁷. Con la carestía de productos de primera necesidad, consecuencia directa del bloqueo marítimo, escaseó también en Canarias el papel para la impresión de periódicos. Esta carencia imposibilitaba la salida de los diarios y el aumento desorbitado de los precios de este producto a medida que la situación se agravaba. En muchas ocasiones el periódico *El Progreso* tendrá que sacar su edición, en lugar de con las cuatro páginas tradicionales, con sólo dos. Así, en junio de 1917, *Gaceta de Tenerife* se vio obligada, una vez agotadas las existencias de papel de su proveedor habitual, a realizar sus pedidos a la compañía noruega «La Escandinava», establecida en Tenerife, para adquirir nuevas existencias. Según publicó este diario, esta firma le comunicó que no podía satisfacer dichos pedidos por supuestas presiones del cónsul de Gran Bretaña en Santa Cruz de Tenerife, que amenazó con emprender sanciones contra la misma si les entregaba estos suministros. Ante estas informaciones, Bethencourt califica la reacción de este medio como inconsecuente y pueril, entre otros términos:

«Es indiscreta porque no son precisamente los germanófilos canarios, ni por tanto uno de sus órganos en la prensa, los que

³⁷ *Ibidem*, 13-6-1917.

pueden hoy aquí levantar la voz en defensa de pretendida independencia periodística, e interés comercial propio. Cuando son ellos los que, con su actitud más que reprobable, han producido en parte muy grande el alejamiento de los buques aliados de nuestros puertos, que hoy están, por su causa, señalados como germanófilos en las altas esferas gubernamentales de los países de la Entente y serán mañana las víctimas de la importancia que, por esto, están actualmente adquiriendo Dakar y las Azores».

Después, publicará «La toma de La Bastilla y la batalla del Marne»³⁸, en el que establece un paralelismo entre la caída de este bastión del absolutismo francés y esta acción bélica de la Primera Guerra Mundial:

«De todos los grandes hechos de la Gran Guerra, ninguno ha tenido, según creemos, tanta significación ni producido tanto efecto moral como la batalla del Marne.

Su significación ha sido simbólica, al detener, los hijos de la Francia republicana a los mandatarios de un imperio militarista [...] El efecto moral fue, también, profundo y por igual en unos y otros: en unos, los vencidos, porque el velo que les cegaba cayó de pronto haciéndoles ver el error de su megalomanía comprendiendo que “su reino no era ya de este siglo”; en los otros, porque su inesperado triunfo les infundió esperanza, les hizo firmemente creer que éste era el primero de la serie que habrá de liberar su patria... ¡La Francia!».

El último de sus artículos, publicado en el diario durante 1917, será «Es necesario»³⁹, donde ataca nuevamente a la prensa germanófila que, desde su punto de vista, creaba verdaderos perjuicios a la economía canaria. Plantea que muchas de las casas consignatarias de buques del Reino Unido veían a los puertos del Archipiélago como partidarios de los Imperios Centrales y contrarios a los intereses de Gran Bretaña. Además, considera necesario el envío de barcos de guerra nacionales para proteger el comercio marítimo. Frente a los problemas económicos canarios, según el cronista, otros puertos se beneficiarían de su apoyo a los aliados:

³⁸ *El Progreso*, 14-7-1917.

³⁹ *El Progreso*, 16-7-1917.

«[...] Dakar y Las Azores que, sobre todo, el primero, recibe hoy la visita —y el consiguiente beneficio— de todos los buques que antes venían a carbonear a Canarias (hasta el punto de hacer turno de dos y tres días para ello), se aprovecharán en el futuro de lo que nosotros no hemos sabido guardar, por la estulticia de unos, el mezquino y reprobable interés de otros, la cobardía de todos...».

En esta época, Bethencourt escribe en el diario varios artículos relacionados con su labor en el campo de la medicina como fueron «La cirugía y la guerra»⁴⁰ y «La caridad y la guerra»⁴¹; en este último relata las novedades técnicas del Hospital Norteamericano, situado en el Boulevard Inkerman, en París. También, señala la publicación en el periódico *Las Noticias* de Las Palmas de Gran Canaria de un artículo suyo sobre el Hospital Español de la capital francesa y añade que, asimismo, colabora con otras revistas especializadas españolas como *Los Progresos de la clínica*. Además, este corresponsal, en algunas de sus crónicas, como en «París y la guerra»⁴², había mostrado anteriormente su visión de la vida cotidiana de la capital francesa en tiempos de guerra con la presencia constante de soldados en sus calles, en sus días de permiso antes de volver al frente de batalla, el nerviosismo de la población por conocer los últimos acontecimientos del conflicto y el sonido de las sirenas cuando los aviones enemigos sobrevolaban la ciudad.

Después de esta colaboración especial en *El Progreso*, su vocación periodística le llevará a fundar el semanario *El socialista*, que empezó a publicarse, de forma regular, bajo su dirección desde el 1 de diciembre de 1917, como órgano de la Agrupación Socialista de Tenerife⁴³. En esta publicación, que terminó su andadura el 7 de marzo de 1921, siguió analizando la evolución de los acontecimientos de la Primera Guerra Mundial desde su posición crítica. Unos pocos meses antes, Bethencourt había pretendido editar un periódico con el título de *El Popular* que no recibió la autorización gubernativa necesaria y cuya pro-

⁴⁰ *Ibidem*, 12-2-1917.

⁴¹ *Ibidem*, 7-2-1917.

⁴² *Ibidem*, 17-1-1917.

⁴³ GONZÁLEZ (2008), p. 34.

hibición fue objeto de debate en este rotativo. Igualmente, durante 1917, escribe en la publicación *Castalia: literatura, arte, vida insular*, editada en Santa Cruz de Tenerife y dirigida por Luis Rodríguez Figueroa (1875-1936). En uno de sus escritos, publicado en el número 10 y titulado «Psicología de la situación», se observa claramente su aliadofilia y se refiere a esta serie de artículos editados durante su estancia en París. Desde agosto de este año se hace cargo de la dirección del semanario *Vida Moderna*, sustituyendo en el puesto a Gonzalo Delgado. Posteriormente, este profesional de la medicina mantuvo una sección fija en *El Herald de La Orotava: semanario independiente* (1921-1923) que llevaba por título «Crónica internacional»⁴⁴. Igualmente, en *El Progreso*, se publicaron regularmente los anuncios publicitarios de sus servicios profesionales como médico en Santa Cruz de Tenerife: primero, en su consulta, en el número 4 de la calle Numancia, con el horario de atención al público de 9 a 10 y de 1 a 3, gratis a los pobres de 3 a 4; y, posteriormente, a partir de octubre de 1917, en el número 10 de la calle 25 de julio de la capital, con el mismo horario.

LA REALIDAD DE CANARIAS DURANTE LA CONTIENDA

En los escritos de Bethencourt del Río, publicados en este diario, se pueden observar de forma tangencial algunos de los aspectos de la realidad socio-económica que vivió Canarias en el período comprendido entre 1914 y 1918. La Primera Guerra Mundial trajo para las Islas un período de grave crisis económica. El Archipiélago vivió las consecuencias negativas de la guerra submarina emprendida por Alemania contra la flota mercante británica y sus aliados, e indirectamente de los países neutrales como era el caso de España. Las Islas se fueron quedando aisladas porque el movimiento portuario se fue colapsando paulatinamente hasta que el bloqueo de los submarinos cortó por completo las conexiones con Europa. Además, la exportación de productos hortofrutícolas se redujo drásticamen-

⁴⁴ IZQUIERDO (2005), p. 248.

te como consecuencia de la disminución de la demanda de los mercados europeos. Asimismo, la paralización de la actividad portuaria y el comercio con el extranjero, provocó el aumento de los precios de los principales productos básicos. De esta manera, Canarias constató los efectos de su dependencia exterior.

La sociedad canaria sufrió las consecuencias de esta grave situación económica y social derivadas del conflicto bélico, cuyos principales efectos fueron la caída de los salarios de los trabajadores, el aumento del paro, la conflictividad laboral y la emigración, principalmente a Cuba. El final de la conflagración tampoco supuso mejoras a corto plazo para el Archipiélago. Los problemas económicos continuaron hasta la década de los años 20, período en que la economía de las Islas empezó a recuperarse.

LA FIGURA HISTÓRICA DE ESTE CANARIO REFORMISTA

Manuel Bethencourt del Río nació en Teror, Gran Canaria, en el seno de una familia de clase acomodada, el 6 de enero de 1882. Este profesional de la medicina, conocido como el «médico de los pobres» por su ayuda a los más necesitados, estudió el Bachillerato en el Instituto de Segunda Enseñanza de la provincia de Canarias, en la ciudad de La Laguna. Luego, cursa la carrera de Medicina en la Facultad de Cádiz, por entonces dependiente de la Universidad de Sevilla, y se especializó en los centros clínicos más prestigiosos de París, Berlín, Viena y Londres. Después, fijará su residencia en la Isla de Tenerife, ejerciendo la medicina inicialmente en la villa de La Orotava y luego en Santa Cruz de Tenerife. Fue concejal del Ayuntamiento de La Orotava en el período comprendido entre 1913 y 1918 por el Partido Republicano Radical. Este político canario dio siempre amplias muestras de su preocupación por los temas sociales, tal como quedó demostrado el 2 de marzo de 1916, en el que tomó postura en favor de las clases populares de esta villa por la falta de alimentos debido al alza de los fletes, el hundimiento de buques y otras circunstancias de la guerra europea que habían ocasionado el aumento en el precio de las subsistencias. Este personaje propuso como medida que el Consistorio subvencio-

nara a los más desfavorecidos, pero no consiguió que dicha propuesta fuera aprobada por la oposición de la mayoría conservadora existente en el Ayuntamiento. También, fue presidente del Sindicato Médico tinerfeño, del Colegio Oficial de Médicos de Santa Cruz de Tenerife y fundador del PSOE y la UGT en Tenerife en 1917. Durante ese año, el diario *El Progreso* se hizo eco de la presencia de Bethencourt en diferentes actos políticos como, por ejemplo, en un mitin pro amnistía⁴⁵ de los presos por delitos políticos, organizado por diferentes asociaciones republicanas, el 16 de diciembre, en el «Sporting Club Tenerife». Anteriormente, el día 23 de octubre de dicho año⁴⁶, este periódico había informado de la constitución del Partido Socialista de Tenerife en un acto celebrado en el Centro Obrero de la capital, presidido por Marcelino Alberto, en el que se nombró el primer Comité Local de dicho partido en la Isla y se eligió como presidente a Manuel Bethencourt del Río. Asimismo, el 30 de mayo, se informó en las páginas de este periódico de un acto celebrado a favor de la causa de la Entente en la Plaza de Toros de Santa Cruz, en el que este colaborador del diario hizo una disertación sobre uno de los temas que había tratado en sus crónicas: Dakar y Canarias. Días antes, había tenido lugar un mitin pro aliado, organizado por el Partido Republicano, en Puerto de la Cruz, donde intervino este político canario. También, a lo largo de este año, impartió varias conferencias en diferentes centros republicanos de la capital. Además, fue consejero del Cabildo de Tenerife y vicepresidente de la misma Entidad. El día del alzamiento nacional, el 18 de julio de 1936, ejercía accidentalmente el cargo de presidente de esta Institución por ausencia en Madrid de su titular, manteniéndose fiel al gobierno de la República. Fue detenido y encarcelado por los sublevados desde el 9 de agosto de 1936 hasta el 11 de marzo de 1939: en la prisión de San Miguel de la capital santacrucera; en la cárcel de Fyffes de Santa Cruz de Tenerife; y, finalmente, en el barco «Adeje» de la Prisión Militar Flotante. Tras obtener la libertad, vuelve a ser perseguido y juzgado por su pertenencia a la maso-

⁴⁵ «Pro amnistía», *El Progreso*, 17-12-1917

⁴⁶ «El partido socialista ha quedado constituido», *El Progreso*, 23-10-1917.

nería. Sale de su cautiverio ya enfermo y fallece en Santa Cruz de Tenerife el 3 de junio de 1944.

CONCLUSIONES

La Primera Guerra Mundial constituyó un acontecimiento informativo de excepcional importancia para este político canario que se convirtió, durante unos meses, en corresponsal del diario *El Progreso* de Tenerife en París. Su profundo interés por el conflicto queda reflejado claramente en una de sus crónicas, publicada en este periódico, titulada «Respuesta oportuna»⁴⁷, donde manifestaba su preocupación por la evolución de la contienda, mientras residía en La Orotava, antes de su viaje a la capital francesa. Previamente, este periodista había escrito una serie de artículos sobre la conflagración mundial en el diario *Vida Moderna* y publicado un libro sobre los orígenes de la contienda europea.

A través de sus escritos se observa su gran conocimiento de la situación política internacional, su admiración por la Entente y su actitud crítica frente al militarismo germánico. Además, en estos textos demuestra su clara posición pro aliada y reflexiona sobre las consecuencias económicas que para el Archipiélago supuso el bloqueo de los submarinos alemanes. Igualmente, se mostró especialmente beligerante contra los grupos germanófilos, radicados en suelo hispano, y contra la prensa que apoyaba la causa de Alemania en la contienda.

En ese momento crucial del conflicto, Bethencourt analiza con detenimiento las medidas adoptadas por los gobiernos aliados y aborda la situación en los distintos frentes de batalla antes de la paz firmada por Rusia y sus adversarios, en diciembre de 1917, en Brest-Litovsk. Asimismo, este corresponsal del diario reflexiona sobre la actuación de los ejércitos de los Imperios Centrales tras la ocupación por éstos de Rumania, vaticinando el declive de su hegemonía militar, y considera que las importantes pérdidas humanas sufridas por Alemania en los

⁴⁷ *El Progreso*, 1-2-1917.

campos de batalla suponían un enorme desgaste para sus tropas, mientras que, desde su punto de vista, los aliados se encontraban dotados de amplios recursos y plenitud de fuerzas para poder continuar la guerra por más tiempo. También, expone la situación de la población de los territorios ocupados por Alemania y pide a las autoridades españolas que actúen ante las supuestas acciones de espionaje llevadas a cabo por súbditos alemanes desde los puertos de Canarias en apoyo de los buques de guerra germanos.

En sus crónicas y artículos de opinión, Manuel Bethencourt del Río se revela como un hombre comprometido con la realidad política y social de su tiempo. A través de un estilo periodístico brillante y vehemente, este ilustre médico mostró, con apasionamiento, a los lectores de este diario republicano, su visión de la contienda desde su postura favorable a la causa aliada que para él representaba los valores eternos de la culta Europa.

BIBLIOGRAFÍA

- BETANCOR, Orlando (2008): «La Primera Guerra Mundial en el diario El Progreso (1905-1932) de Santa Cruz de Tenerife» en YANES MESA, Julio Antonio (coord.): *Canarias y la Guerra de la Independencia. Congreso 200 años de la Junta Suprema de Canarias*. La Laguna, Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife, pp. 351-359.
- GONZÁLEZ BETHENCOURT, José Vicente (2008): *El médico de los pobres: Manuel Bethencourt del Río*. Santa Cruz de Tenerife, Idea.
- IZQUIERDO, Eliseo (2005): *Periodistas canarios, siglos XVIII al XX: propuesta para un diccionario biográfico y de seudónimos*. Islas Canarias: Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas.
- YANES MESA, Julio Antonio (2003): *Historia del periodismo tinerfeño 1758-1936: una visión periférica de la historia del periodismo*. Tenerife, Centro de la Cultura Popular Canaria.